

Re-Señas de Libros

Re-Señas de Libros

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO



- Alcides, Rafael *Por una mata de pascua*. Logroño, La Rioja, Fulgencio Pimentel, 2011. 122 pp.

Como si ya la consolidación de su extensa obra poética lo condujera a iniciar el proceso de recuento y decantación, Rafael Alcides en los dos últimos *Espacio Laical* 4/2011

volúmenes de poemas que ha publicado en España, *GMT. Poesía seleccionada (1963 - 2008)* (Sevilla, 2009) y el que encabeza estas líneas, lleva a cabo un recorrido panorámico que persigue agrupar algunos de sus textos más representativos. En ese decurso no siem-

pre lineal es posible apreciar la evolución de sus intereses temáticos y de su discurso poético, cuya fidelidad a la corriente coloquialista o conversacionalista no puede dejar de ser tomada en cuenta. Bajo su impronta Alcides se adentró en el cultivo de la poesía en la pasada década de los 60 y de seguro al igual que sus compañeros de generación consideró entonces que esta era la forma idónea de expresión en los momentos por los que Cuba atravesaba. El paso de los años ha servido para corroborar lo que de un inicio debió ser previsible: que esta no era la única forma válida de expresión; pero por otra parte no ha logrado descalificarla y ponerla a un lado.

Es suficiente una rápida lectura de los versos de este poeta para apreciar su habilidad en la estructuración y la exposición del poema conversacional, en el que muchas veces hace coincidir el comentario ingenioso, la frase popular, el humor y la tragedia, la auto-parodia y el tono personal que no cae en el narcisismo. En algunas ocasiones se observa su inclinación hacia el hilo narrativo ("Recuento") y en otras el hermanamiento, de raíz vallejiana, con los individuos humildes, buenos y laboriosos ("Vida de Clemente", "En el entierro del hombre común"). No faltan tampoco a veces las afirmaciones espontáneas y desconcertantes: "estoy tan contento que me pegaría un tiro" ("Enmienda").

Los recuerdos, los elementos autobiográficos, la infancia como una etapa desventurada, pero no exenta de luminosidad, constituyen componentes esenciales de la arcilla empleada para

la edificación de sus poemas. A partir de ellos podemos escuchar la voz más auténtica de Alcides, quien quizás sin proponérselo deja por instantes al descubierto que nunca ha dejado de ser el guajirito de Barrancas. Son incontables los lazos que lo atan al pasado, entre ellos no solo las certezas, sino también las incertidumbres como esta: "siempre me inquietó mi juventud perdida, / aquella juventud de la que nunca supe en qué sitio / del camino se quedó ni haciendo qué" ("Biografía de una papa feliz").

La poesía de Rafael Alcides viene a ser el testimonio del tránsito vital de un hombre sensible, atento a lo diminuto y a lo perecedero, que confía en la amistad, en la solidaridad, en el amor, y es capaz, por ejemplo, de desdoblarse no solamente su ternura de padre, sino además su incapacidad para hacer feliz a su hijo, al que le pide perdón y le confiesa: "También los papás se equivocan" ("En diciembre, mirando una foto de Rubén"), verso que se emparenta con el irónico poema de Ramón Fernández-Larrea "Somos unos padres perfectos".

En su retiro voluntario, por medio de la serena observación, las evocaciones frecuentes y la sabiduría que proporciona una existencia que ha constituido un largo aprendizaje, Alcides podrá de seguro hallar motivos de inspiración para alzarse y escribir nuevos poemas. Los aguardamos.

- Briones Montoto, Newton *Una hija reivindica a su padre. Entrevista a Rita Vilar*. La Habana, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello - Ruth Casa Editorial, 2011. 88 pp.

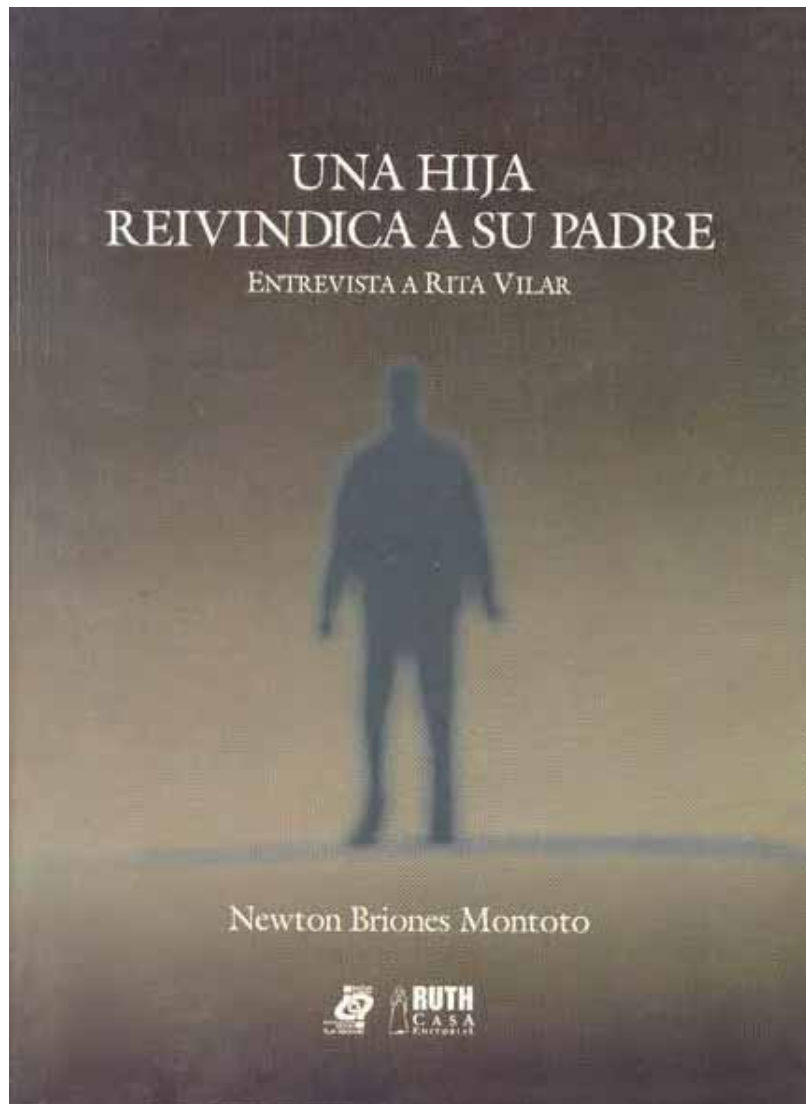
César Vilar (Manzanillo, 1900 - La Habana, 1975) siendo joven ingresó en el Partido Comunista y al cabo de unos pocos años se convirtió en uno de los principales dirigentes del movimiento obrero cubano. Llegó a ser elegido Representante a la Cámara y al Senado y a integrar la Mesa Directiva del Partido Socialista Popular (Comunista). Mas en 1954, por manifestar su total desacuerdo con la actitud que asumió

Espacio Laical 4/2011

la más alta instancia de esa organización partidista ante el Asalto al Cuartel Moncada, fue expulsado de la misma bajo la grave acusación de traidor y de estar en contacto con el enemigo. No renegó por eso de sus principios ideológicos, pero a partir de entonces -y más aún tras el triunfo revolucionario de 1959 y la proclamación del carácter socialista del nuevo gobierno- se vio obligado a sobrellevar un duro ostracismo y a que su nombre fuese omitido o, de ser mencionado, que lo acompañase el infamante calificativo de traidor.

Más de medio siglo después de la caída en desgracia de este dirigente comunista su hija Rita, ya septuagenaria, se ha lanzado abiertamente a romper lanzas en aras de dignificar la memoria

de su padre y a sacar a la luz las causas que provocaron su defenestración. Sin embargo, lo hace eludiendo acusaciones personales y silenciando detalles e interioridades de las máximas figuras del partido en el que también militó y del que fue separada a raíz de la expulsión de su padre, sin que tampoco en su caso esto representase una ruptura con el ideario comunista. "Mi propósito no es enjuiciar sino reivindicar la historia de mi padre" (p. 65), declara con sinceridad, y su ardua empresa no podemos dejar de compararla con la llevada a cabo también en los últimos tiempos por Lela Sánchez, hija de Aureliano Sánchez Arango, Ministro de Educación durante el gobierno de Carlos Prío y por largo tiempo acusado -todo pare-



ce indicar que injustamente— de haberse apropiado de fondos públicos para adquirir tierras en Guatemala.

Tras la lectura de esta larga entrevista no puede decirse que Rita Vilar haya evitado llegar a la esencia de las razones que provocaron la destitución de su padre. Pero dejó a un lado abordar otros asuntos importantes, entre ellos la acusación que sus camaradas también le hicieron de no entregar al partido el sustancioso sueldo que percibía como parlamentario, una norma establecida por la estricta disciplina de aquella organización. Sin lugar a dudas hubiera sido muy provechoso dejar claro este punto. De igual modo cabe decir que es muy pobre la información que nos brinda acerca de la existencia de César Vilar con posterioridad al cambio de 1959, salvo algunos detalles reveladores del permanente acoso que le dispensaron sus excompañeros partidistas. Al final nos quedamos sin respuesta a algunas preguntas: ¿No llevó adelante una solicitud formal de que su caso fuese revisado tras la constitución del Partido Comunista en octubre de 1965? ¿No acudió a los máximos dirigentes de la Revolución para que se le hiciera justicia, dado que seguía considerándose víctima de un atropello?

Este libro, además de cumplir con su principal objetivo, nos ofrece la oportunidad de conocer detalles de la vida de Enrique Vilar, caído heroicamente en combate contra las tropas alemanas en 1945, y de la propia entrevistada, quien sufrió en carne propia el estigma lanzado sobre su padre, fue expulsada de la Universidad de La Habana y de centros de trabajo y se vio obligada a realizar duras faenas. Ahora, al ventilar públicamente todos aquellos maltratos padecidos, no deja de llevar a efecto también una reivindicación personal que consideramos muy válida.

No escasa información se ha dado a conocer a lo largo de las últimas décadas acerca de la marginación y las arbitrariedades que en Cuba tuvieron que soportar los desafectos del gobierno revolucionario, ya fuese por su vinculación con la derrocada dictadura de Batista o por su desacuerdo con la

Espacio Laical 4/2011

implantación de un sistema socialista. También se ha ventilado la represión cometida contra homosexuales, creyentes religiosos y disidentes políticos. Pero este libro nos proporciona de un modo puntual detalles acerca de otro segmento social que igualmente fue castigado: el de los comunistas que se rebelaron contra la línea estratégica o táctica marcada por su partido. En ese sector estuvieron, en momentos y por motivos diferentes, César Vilar, Aníbal Escalante y los seguidores de éste en los llamados sectarismo (1962) y microfrazción (1968).

Pero a estos comunistas convencidos tendríamos que sumar los trotskistas que, desde el marxismo, asumieron una actitud muy crítica ante las transformaciones revolucionarias y por medio de su modesto órgano de divulgación, *Voz Proletaria*, manifestaron sus criterios divergentes. Asimismo, también tendríamos que considerar a los anarquistas agrupados en el Ateneo Libertario y en torno a la revista *Rumbos Nuevos*. Sobre todos ellos cayó el hostigamiento policiaco y en algunos casos el encarcelamiento o la salida forzosa del país. Solo a través de la suma de todos estos sectores es que podrá completarse el mapa del acoso político que existió en Cuba fundamentalmente en las décadas del 60 y del 70 del pasado siglo.

En la última respuesta de la entrevista afirma Rita Vilar: “La URSS desapareció, lo digo con dolor y no con alegría...” (p. 88). Esa declaración suya es totalmente coherente con sus principios ideológicos y fiel a sus entrañables vivencias en territorio soviético durante los duros años de la agresión fascista, cuando a pesar de la terrible circunstancia pudo palpar la solidaridad de dicho pueblo. Ahora bien, consideramos que la entrevistada debe tener presente que si no hubiese desaparecido la Unión Soviética y no hubiesen ocurrido los trascendentales acontecimientos que le sucedieron y si la configuración política mundial fuese hoy similar a la anterior a 1991, sobre el nombre de su padre continuaría la mácula de traidor, ella no hubiese podido emprender la reivindicación pública

de éste y el presente libro no hubiese sido publicado en Cuba.

- **Rodríguez Santana, Efraín** *La cinta métrica*. Sevilla, Ediciones Espuela de Plata, 2011. 169 pp.

La vida desdichada del poeta guantanamero Ángel Escobar (1957–1997), una de las voces más brillantes de su generación, constituye el cimiento sobre el cual se levanta esta novela de Efraín Rodríguez Santana, quien ya se había dado a conocer como narrador en 2003 con *La mujer sentada*. No es esta la primera vez en las últimas décadas que un escritor cubano desaparecido sirve de punto de inspiración para edificar un texto de ficción. Con anterioridad Jorge Ángel Pérez había tomado a Virgilio Piñera como eje para su novela *Fumando espero* (2003), rica en fabulación, desenfado y recursos intertextuales. A diferencia de esta obra, *La cinta métrica* demuestra un apego mucho mayor a los acontecimientos reales y un intento más evidente de reconstruir una existencia dislocada, elementos que la conducen no hacia la novela-reportaje al estilo de *A sangre fría*, de Truman Capote, sino hacia la novela biográfica.

Con el fin de llevar adelante su proceso de recuperación, el autor le concedió con preferencia la voz narrativa al poeta, y a través de ella podemos aproximarnos a su complejo mundo interior, marcado de un modo traumático desde la infancia como consecuencia de una desbordada violencia en el seno familiar, que tras una serie interminable de golpes y maltratos de todo tipo desembocó en la muerte sangrienta de la madre a manos del padre del poeta. A este hecho, capaz por sí solo de desestabilizar la psiquis de cualquier niño, se sumaban las limitaciones materiales, la ausencia de una adecuada instrucción, la presencia de un entorno signado por los actos agresivos. Al sopesar toda esta circunstancia no deja de resultar sorprendente que Ángel Escobar haya alcanzado a convertirse en pocos años en un relevante poeta.

Pero aquel pasado, como una tragedia griega llevada a la realidad, de



un modo inevitable tenía que dejar una impronta no remediable en el niño-adolescente-joven que alcanzó, sin embargo, a superarse, convertirse en actor de teatro, tener novias, ganar concursos literarios, recibir espaldarazos por su producción poética. Después de logrado todo esto, fue que comenzó a manifestarse a un ritmo creciente el desequilibrio mental, se sucedieron los arranques de violencia, en algunos momentos avivados por el alcohol, y se empezaron a escuchar voces extrañas... Y de ahí a las consultas de psiquiatría, los ingresos hospitalarios, los electrochocques, los tratamientos psicotrópicos y las acciones autodestructivas.

Todas esas amargas vivencias, que marcan los últimos años de Ángel

Espacio Laical 4/2011

Escobar, en los cuales, sin embargo, consigue escribir los magníficos versos que han de integrar los volúmenes *Abuso de confianza* (1992) y *El examen no ha terminado* (1997), no podían ser llevadas a la ficción narrativa con fidelidad a la coherencia. Era un universo interior que latía y se expresaba, pero imposible de traducir, de trasladar a un plano racional. De ahí la plena justificación del autor para difuminar el discurso del poeta y de una forma que no llega a ser indescifrable exponer la angustia, los celos, la alucinación y el amor que lo embargaban. Mas también en algunos momentos se intercalan testimonios de Moraima, la novia chilena, o de Francesco, un pintor y amigo cubano, para a través de ellos intentar

recomponer importantes episodios de la vida de Escobar.

Como ha de imaginarse, en esta novela están presentes numerosos personajes reales, algunos pertenecientes al mundo familiar y afectivo del poeta, como sus padres y hermanos, sus novias y sus amigos más íntimos, entre ellos el propio autor (Atilano, El Concuño) y otros cuya identidad se resguarda también bajo nombres supuestos. Raúl Hernández Novás, extraordinario poeta desaparecido igualmente de modo trágico en la década de los 90, aparece con su nombre verdadero y con la desdichada serie de infortunios que padeció en sus últimos días. En cambio más encubiertos se asoman a estas páginas los escritores Roberto Fernández Retamar, Juan Carlos Flores, Raúl Rivero y César López, así como los teatristas Vicente y Raquel Revuelta. El autor quiso además aprovechar la ocasión para desahogar el viejo dolor causado por el fusilamiento de su padre en 1959. Todos estos elementos hacen que la obra vaya más allá de la simple reconstrucción de la vida de Ángel Escobar y, por otro lado, que algunos de sus pasajes solo puedan ser plenamente comprendidos por los acuciosos conocedores tanto de la trayectoria vital del poeta como de las interioridades del ambiente literario habanero de la época.

La cinta métrica viene a ser también un texto esclarecedor, vibrante, no exento de cierta magia poética y del reflejo momentáneo de algunas de las manifestaciones de intolerancia política sufridas en aquel período. Al final de su lectura nos queda, deshilado, el angustioso tránsito existencial de un hombre que tuvo el don de la elaboración metafórica. Hasta que, paradójicamente un Día de los Enamorados, abrió de par en par las puertas del balcón y saltó al vacío.

- Ediciones El Puente en La Habana de los años 60. *Lecturas críticas y libros de poesía*. Jesús J. Barquet, ed. Chihuahua, México, Ediciones del Azar A.C., 2011. 630 pp.

La aventura editorial El Puente (1961 – 1965), que tuvo como principal

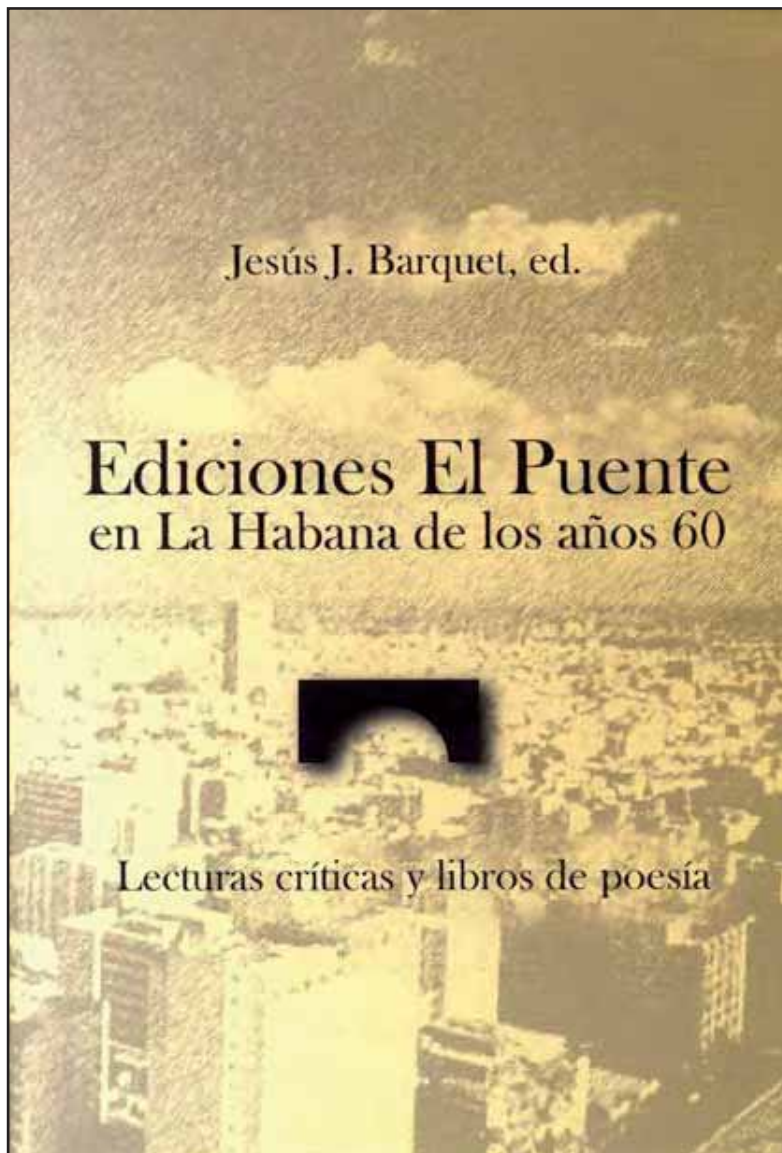
animador y sostén al poeta José Mario, posiblemente constituyó el último proyecto independiente, sin ataduras a las instancias gubernamentales y sin respaldo económico oficial, que existió en Cuba hasta la absorción por parte del Estado de casi todas las instituciones culturales, las publicaciones periódicas y las imprentas. Bajo el sello de esta editorial vieron la luz alrededor de 40 títulos, en su mayor parte pertenecientes al género de poesía y casi en su totalidad a un grupo heterogéneo de jóvenes que buscaban un espacio para expresarse en medio de un proceso de transformaciones radicales que reper-

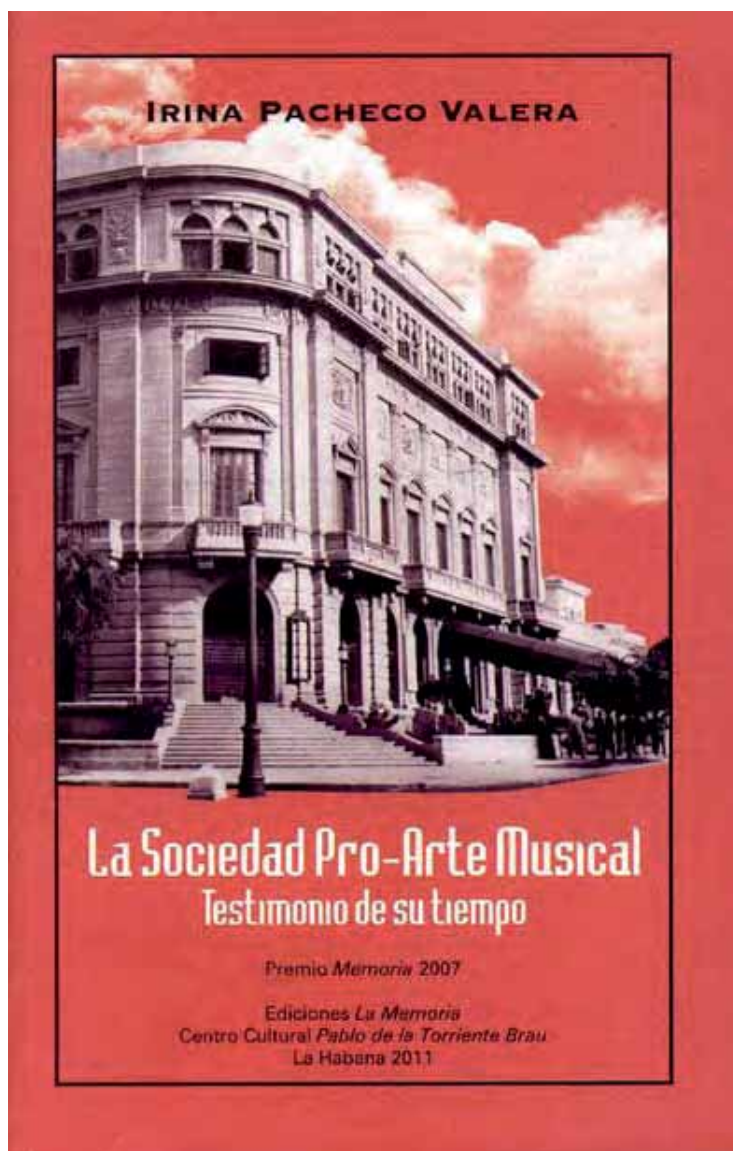
cutía en todos los estratos de la realidad cubana.

Al tomar en consideración la brevedad de su existencia, la diversidad de intereses temáticos de aquellos autores y el papel notablemente protagonista asumido por José Mario, algunos críticos han puesto en duda que El Puente fuese en verdad un grupo literario. Mas elementos de un innegable peso demuestran que sí lo fue. En sus integrantes prevaleció el deseo de expresar angustias existenciales, una visión amarga de la experiencia vital, como la amorosa, el distanciamiento de la estética de los poetas de *Orígenes* y de los estilos tropológicos de la Generación

de los 50, y la aversión a la literatura panfletaria y a los cantos apologéticos a la Revolución. En particular esta última actitud, asumida en momentos de exaltación política generalizada, en la que de un modo imperioso se solicitaba el compromiso del intelectual y del creador con el nuevo proyecto social y en su libro *Las crónicas. Poesía bajo consigna* (1961), Félix Pita Rodríguez establecía que "es traición todo lo que no sea / poesía bajo consigna", resultaba una presa fácil para los dogmáticos y los arribistas. Aunque ni uno solo de los textos publicados por El Puente se hubiese situado en contra de la Revolución y, de esa forma, hubiera transgredido la por demás borrosa frontera señalada por el comandante Fidel Castro en sus "Palabras a los intelectuales" (1961).

Después de haber publicado a autores entonces noveles o de obra apenas incipiente, como Miguel Barnet, Nancy Morejón, Belkis Cuza Malé, Manolo Granados y Gerardo Fullea León, en 1965, año en que se constituyó el Partido Comunista de Cuba, la editorial El Puente fue clausurada por las autoridades. A partir de entonces, en un principio por el suplemento cultural *El Caimán Barbudo* y más tarde por medio de descalificaciones injustas y de omisiones, aquella iniciativa juvenil fue echada a un lado y suprimida de las historias de la literatura cubana. José Mario, Ana María Simo y otros miembros del grupo no tuvieron más opción que partir al extranjero. En cambio no faltaron los que lograron insertarse en el movimiento literario prevaleciente en el país. De cualquier modo un manto de silencio cayó sobre aquella editorial y rebasó incluso las fronteras nacionales. Llama asombrosamente la atención que también se le ignore en estudios publicados en el extranjero, sumamente críticos ante la política cultural de la Revolución. Como ejemplo puede citarse *Palabras de trasfondo. Intelectuales, literatura e ideología en la Revolución Cubana* (Madrid, 2009), de Duanel Díaz Infante, en el cual solo se hacen dos alusiones a El Puente, muy a la ligera, en las páginas 146 y 191.





Cuatro décadas después de su desaparición un valioso dossier incluido en *La Gaceta de Cuba* inició con seriedad el necesario camino de reconsiderar el significado de dicha editorial y de los escritores que aglutinó. A aquel empeño ha venido a sumarse ahora esta entrega del poeta y ensayista Jesús J. Barquet, que fue presentada y distribuida en fecha reciente en una institución cultural habanera. Conforman el volumen, solo dedicado al género de poesía, además de la introducción del responsable de la edición, tres profundos estudios que de modo independiente firman Silvia Cezar Miskulin, María Isabel Alfonso y Barquet. Esos textos nos proporcionan toda una co-

Espacio Laical 4/2011

piosa y muy útil información encaminada no solo a analizar las obras que fueron elegidas, sino a adentrarse en aspectos pertenecientes al mundo interior de El Puente y a la compleja circunstancia histórica en que surgió y se extinguió. El resto del libro está integrado por poemas de Reinaldo Felipe García Ramos, Georgina Herrera, Mercedes Cortázar y Joaquín G. Santana, entre otros autores, que salieron impresos por dicha editorial. Por último, en lo que constituye un rescate particularmente valioso, se incluye la selección *Segunda novísima de poesía cubana*, que confeccionó José Mario y resultó confiscada cuando ya los originales se encontraban en la imprenta.

Digna de elogio resulta la perseverante labor de Barquet, quien a lo largo de varios años, por medio de una rigurosa investigación bibliográfica, de entrevistas personales y búsquedas a través de diversas fuentes, así como gracias a la colaboración también de dos ensayistas, ha logrado asentar con solidez en el presente a una modesta editorial que en su momento desempeñó por diversas razones un papel relevante. A partir de esta hora ya no podrá ser ninguneada en los estudios de las letras cubanas contemporáneas que tomen en serio su encomienda.

- Pacheco Valera, Irina *La Sociedad Pro-Arte Musical. Testimonio de su tiempo*. La Habana, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2011. 348 pp.

Durante el período republicano surgieron y desarrollaron una valiosa labor cultural algunas instituciones particulares, no comprendidas dentro del los marcos oficiales, como el Lyceum y Lawn Tennis Club, la Institución Hispanocubana de Cultura y la Sociedad Pro-Arte Musical. En respuesta a la indiferencia que ante los proyectos culturales manifestaban las altas esferas de los distintos gobiernos y una burguesía en la que reinaba el afán pragmático de hacer dinero, algunos círculos de la sociedad cubana se movilizaron para dar vida a organismos que al cabo desempeñaron un papel muy importante en el necesario respaldo a las diversas disciplinas del intelecto, del arte y, en general, de la cultura. De esa forma, aunque no en su totalidad, llenaron un vacío, sentaron provechosos precedentes y articularon iniciativas encaminadas a impulsar las dinámicas culturales del país.

El presente libro de la profesora e investigadora Irina Pacheco, resultado del proyecto que en 2007 recibiera el Premio Memoria, instituido por el Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, constituye un oportuno y acertado rescate de una de aquellas instituciones de la etapa republicana: la Sociedad Pro-Arte Musical, surgida en diciembre de 1918 no de modo casual

en momentos del auge de la economía cubana conocido popularmente como el período de “las vacas gordas”. Un grupo de damas de la élite aristocrática habanera, a cuya cabeza se situó María Teresa García Montes de Giberga, echó a sus espaldas la tarea de impulsar entre nosotros el conocimiento y el disfrute de la llamada música culta. De ese modo concreto rompió con la inercia, el parasitismo y la frivolidad que imperaban entre las mujeres de su estrato social. Con un fervor y una voluntad admirables, a partir de aquella fecha comenzaron a organizar programas de música selecta. Y en los años siguientes Pro-Arte lograría levantar un teatro de envidiables condiciones arquitectónicas y acústicas –el Auditorium–, traer a Cuba a intérpretes y cantantes de prestigio mundial –Arturo Rubinstein, Pablo Casals, Renata Tebaldi, Andrés Segovia–, crear las Escuelas de Ballet, de Declamación y de Guitarra, otorgar becas de estudio a jóvenes artistas, establecer concursos, publicar una valiosa revista de música...

Todos estos aportes aparecen recogidos en la presente obra fundamentalmente a través de los recuerdos de diversos testimoniantes, entre los que se encuentran el coreógrafo Fernando Alonso, el compositor Harold Gramatges, la etnóloga Natalia Bolívar, el historiador Eusebio Leal, el declamador Luis Carbonell, los ensayistas Nara Araujo y Salvador Arias, el sociólogo Aurelio Alonso y monseñor Carlos Manuel de Céspedes. La autora también incluye los resultados de sus investigaciones particulares, como las referidas al proceso de surgimiento y consolidación de las vanguardias musicales en Cuba a partir de los años 20 del pasado siglo, ofrece datos acerca de la filial de la Sociedad Pro-Arte Musical en Santiago de Cuba, emite valoraciones equilibradas, muy atendibles, y al final, además de un variado testimonio fotográfico, inserta las fichas biográficas de los más importantes artistas, cubanos y extranjeros, que se presentaron bajo los auspicios de aquella sociedad.

A lo largo de todos los testimonios, sin excepción, queda bien establecido el

Espacio Laical 4/2011

reconocimiento a Pro-Arte por su contribución en el país a distintas disciplinas artísticas. Mas también en algunas ocasiones se abordan otros puntos más complejos, que tras el triunfo revolucionario de 1959 han sido considerados graves defectos de la entidad: su carácter supuestamente aristocrático y elitista y su elevado rango, inaccesible para las capas pobres. Al respecto resultan muy esclarecedoras las palabras del musicólogo Ángel Vázquez Millares, quien después de apuntar que a la platea y al primer balcón del teatro Auditorium iban de etiqueta los socios adinerados, y al segundo balcón se podía acceder sin necesidad de vestir traje y corbata o guayabera, declara: “...a veces se piensa que era una sociedad elitista a la que iban nada más que los ricos. Falso, absolutamente falso” (p. 163). En páginas anteriores ya había asegurado: “...voy a decir con toda sinceridad, si yo tenía dos pesos mensuales, no me los gastaba comprando cerveza Cristal, ni Polar. Iba a los conciertos de Pro-Arte” (p. 78). Dos pesos mensuales era el precio para los asociados del segundo balcón. Resulta entonces evidente que dentro de la misma sala había zonas de muy diferentes categorías; pero la función era una sola.

Además de estas afirmaciones, otros datos pueden contribuir a desmontar la acusación de elitista de esta entidad desaparecida en 1967. Uno de ellos lo ofrece el melómano Orlando Martínez en el capítulo “La música”, perteneciente al volumen *Facetas de la vida de Cuba Republicana 1902-1952* (1954), cuando nos dice: “...María Teresa García Montes organizó /en 1919/ el Circuito de Ampliación Mundial, que duró hasta 1925, y que consistía en presentar en las cárceles, asilos y en la Casa de Beneficencia a algunos de los grandes artistas que actuaban en Pro-Arte.”

No deja de ser explicable que informaciones como esta se omitan en el libro de Irina Pacheco, pues en realidad este no consiste en un estudio completo y minucioso de aquella sociedad, sino una reconstrucción a partir de diferentes testimonios. Pero sí creemos la-

mentable que la autora, en su proceso investigativo, no haya ido en busca de los expedientes de Pro-Arte que se conservan en el Legajo 457 del Registro de Asociaciones del Archivo Nacional de Cuba. De haber acometido esta tarea hubiera podido incorporar a su obra que de modo oficial se inició la inscripción de esta entidad en el Gobierno Provincial de La Habana en abril de 1919; también hubiera podido recoger aspectos relevantes de sus estatutos, como los objetivos que perseguía, y brindarnos una amplia selección de los miembros de su directiva y de sus asociados. La lista de estos últimos, que se halla en los expedientes, le hubiera servido además para enriquecer el número y la calidad de sus testimoniantes. En esa relación nosotros pudimos ver, por solo citar un ejemplo, a Natty Revuelta, conocida personalidad que aún hoy asiste con frecuencia a los actos culturales. Debemos por tanto deplorar que la autora no haya aprovechado esta sustanciosa fuente documental.

Si dejamos a un lado este señalamiento crítico, solamente elogios merece esta justa recuperación de un organismo cultural que durante largos años prestó un valioso servicio y luego padeció un olvido muy cercano al menosprecio. Para decirlo con palabras de la autora: a Pro-Arte “la retiraron abruptamente del escenario patrimonial del siglo XX” cubano (p. 17) y fue “silenciada a través del tiempo por miradas esquemáticas y dogmáticas” (p. 23). Demos gracias a que esos patrones valorativos ya van quedando atrás.

